

Marguerite Duras

ESCRIBIR

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

MARGUERITE DURAS
ESCRIBIR

Traducción de Ana María Moix

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Écrire*

1.^a edición: octubre de 1994

1.^a edición en esta nueva presentación: marzo de 2025

© Éditions Gallimard, 1993

© de la traducción: Ana María Moix, 1994

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S. A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-592-3

Depósito legal: B. 2.153-2025

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Unigraf, S.L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Índice

Nota de la autora	9
Escribir	13
La muerte del joven aviador inglés.	61
Roma.	93
El número puro.	119
La exposición de la pintura.	127

Únicamente en una casa se está solo. Y no fuera de la casa, sino dentro. En el jardín hay pájaros, gatos. Y a veces también alguna ardilla, algún hurón. En un jardín no se está solo. Sin embargo, en una casa se está tan solo que a veces se está perdido. Ahora me doy cuenta de los diez años que he pasado así. Sola. Y para escribir libros que me han permitido saber, a mí y a los demás, que era la escritora que soy. ¿Cómo ocurrió? ¿Y cómo explicarlo? Sólo puedo decir que esa especie de soledad de Neauphle la hice yo. Para mí. Y que sólo estoy sola en esa casa. Para escribir. Para escribir no como lo había hecho hasta entonces. Sino para escribir libros que yo aún desconocía, que ni yo ni nadie había concebido aún. Allí escribí *El arrebatado de Lol V. Stein* y *El vicecónsul*. Luego, después de éstos, otros. He comprendido que yo estaba a

solas con mi escritura, sola y muy lejos de todo. Eso duró unos diez años, ya no lo sé; rara vez contaba el tiempo que pasaba escribiendo o, simplemente, el tiempo. Contaba el tiempo que pasaba esperando a Robert Antelme y a Marie-Louise, su joven hermana. Después ya no contaba nada.

Escribí *El arrebató de Lol V. Stein* y *El vicecónsul* arriba, en mi habitación, la de los armarios azules, que, ¡ay!, echaron a perder aquellos albañiles jóvenes. A veces también escribía aquí, en esta mesa del salón.

He conservado esa soledad de los primeros libros. La he llevado conmigo. Siempre he llevado mi escritura conmigo, a dondequiera que haya ido. A París. A Trouville. O a Nueva York. En Trouville detuve en la locura el devenir de Lola Valérie Stein. También en Trouville el nombre de Yann Andréa Steiner se me apareció con inolvidable evidencia. Hace un año.

La soledad de la escritura es una soledad sin la que lo escrito no se produce, o se desmigaja, exangüe, tras buscar qué seguir escribiendo. Se desangra, el

autor deja de reconocerlo. Y, ante todo, nunca debe dictarse a secretaria alguna, por hábil que ésta sea, y en esta fase nunca hay que dar a leer lo escrito a un editor.

En torno a la persona que escribe libros siempre debe haber una separación de los demás. Es una soledad. Es la soledad del autor, la soledad de lo escrito. Para empezar, una se pregunta qué es ese silencio que la rodea, y prácticamente a cada paso que una da en una casa y a todas horas del día, bajo todas las luces, ya sean del exterior o de las lámparas encendidas durante el día. Esta soledad real del cuerpo se convierte en la soledad, inviolable, de lo escrito. Yo nunca hablaba de eso a nadie. En aquel periodo de mi primera soledad, ya había descubierto que lo que yo tenía que hacer era escribir. Raymond Queneau me lo había confirmado. El único principio de Raymond Queneau era éste: «No hagas nada más, sólo escribe».

Escribir era lo único que llenaba mi vida y la hechizaba. Así lo hice. La escritura nunca me ha abandonado.

Mi habitación no es una cama ni aquí, ni en París, ni en Trouville. Es una ventana determinada, una mesa determinada, ritos de tinta negra, huellas de tinta negra inencontrables; es una silla determinada. Y determinados ritos a los que siempre vuelvo dondequiera que vaya, dondequiera que esté, incluso en los lugares donde no escribo, como por ejemplo las habitaciones de hotel; el rito de tener siempre whisky en la maleta por si sufro insomnio o súbitas desesperaciones. Durante aquel periodo tuve amantes. Rara vez he estado absolutamente sin amantes. Ellos se acostumbraban a la soledad de Neauphle. Y, bajo su hechizo, en ocasiones esa soledad les permitía a su vez escribir libros. Raramente daba a leer mis libros a esos amantes. Las mujeres no deben dar a leer a sus amantes los libros que escriben. Yo, cuando terminaba un capítulo, lo escondía. Eso es tan cierto en lo que a mí respecta que me pregunto cómo hacen otras mujeres, de qué manera actúan cuando tienen marido o un amante. En ese caso, también hay que esconder a los amantes el amor hacia el marido. El mío nunca ha sido sustituido. Lo sé, todos los días de mi vida.

Esta casa, que es el lugar de la soledad, sin embargo da a una calle, a una plaza, a un estanque muy antiguo, al centro escolar del pueblo. Cuando el estanque está helado, hay niños que vienen a patinar y me impiden trabajar. Los dejo hacer. Los vigilo. Todas las mujeres que han tenido hijos vigilan a esos niños, desobedientes, locos, como todos los niños. Pero qué miedo. Cada vez, el peor de los miedos. Y qué amor.

La soledad no se encuentra, se hace. La soledad se hace sola. Yo la hice. Porque decidí que era allí donde debía estar sola, donde estaría sola para escribir libros. Sucedió así. Yo estaba sola en esta casa. Me encerré en ella; también tenía miedo, claro. Y después la amé. Esta casa se convirtió en la de la escritura. Mis libros salen de esta casa. También de esta luz, del jardín. De esta luz reflejada del estanque. He necesitado veinte años para escribir lo que acabo de decir.

Esta casa se puede recorrer en toda su extensión. Sí. También se puede ir y venir. Y además está el jardín. Con árboles milenarios y árboles todavía jóvenes. Y alerces, manzanos, un nogal, ciruelos

y un cerezo. El albaricoquero murió. Frente a mi habitación se halla el fabuloso rosal de *El hombre atlántico*. Un sauce. También hay cerezos de Japón, lirios. Y debajo de una ventana del salón de música hay una camelia, que plantó Dionys Mascolo para mí.

Primero amueblé esta casa y luego la hice repintar. Y quizá dos años después empezó mi vida con ella. Terminé *Lol V. Stein* aquí, escribí el final aquí y en Trouville frente al mar. Sola, no; no estaba sola, había un hombre conmigo en aquella época. Pero no hablábamos. Como yo escribía, era necesario evitar hablar de libros. Una mujer que escribe: los hombres no lo soportan. Es cruel para un hombre. Es difícil para todos. Salvo para Robert A.

En Trouville, sin embargo, estaba la playa, el mar, la inmensidad de los cielos, de las arenas. Y era eso la soledad ahí. En Trouville miré el mar hasta la nada. Trouville es una soledad de mi vida entera. Conservo esa soledad, ahí, inexpugnable, a mi alrededor. A veces cierro las puertas, desconecto el teléfono, desconecto mi voz, no quiero nada más.

Diga lo que yo diga, nunca descubriré por qué se escribe ni cómo no se escribe.

A veces, cuando estoy sola aquí, en Neauphle, identifico objetos, como un radiador. Recuerdo que había una gran tabla sobre el radiador y que con frecuencia me sentaba allí, sobre la tabla, para ver pasar los coches.

Aquí, cuando estoy sola, no toco el piano. No toco mal, pero toco muy poco porque creo que no puedo tocar cuando estoy sola, cuando no hay nadie más en la casa. Es muy difícil soportarlo. Porque de repente eso parece tener un sentido. Y sólo la escritura tiene un sentido en determinados casos personales. Puesto que la manejo, la practico. En cambio, el piano es un objeto lejano, más inaccesible, y, para mí, sigue siéndolo. Creo que si hubiera tocado el piano profesionalmente no habría escrito libros. Pero no estoy segura. También creo que no es verdad. Creo que habría escrito libros en cualquier caso, incluso paralelamente a la música. Libros ilegibles, pero en su totalidad. Tan lejos de cualquier habla como lo desconocido de un amor sin objeto. Como el de Cristo o el de J.S. Bach: ambos de una equivalencia vertiginosa.

La soledad también significa: o la muerte, o el libro. Pero, ante todo, significa el alcohol. Whisky, eso significa. Hasta ahora nunca he podido, pero nunca, de verdad, o en tal caso debería remontarme lejos..., nunca he podido empezar a escribir un libro sin terminarlo. Nunca he escrito un libro que no fuera ya una razón de ser mientras se escribía, fuera el libro que fuera. Y en todas partes. En todas las estaciones. Descubrí esta pasión aquí en las Yvelines, en esta casa. Por fin tenía una casa donde esconderme para escribir libros. Quería vivir en esta casa. ¿Para hacer qué? Empezó así, como una broma. Quizá escribir, me dije, podría escribir. Ya había empezado libros que había abandonado. Había olvidado incluso los títulos. *El vicecónsul*, no. Nunca lo abandoné, pienso en él a menudo. En *Lol V. Stein* ya no pienso. Nadie puede conocer a L. V.S., ni usted ni yo. Y ni siquiera entendí del todo lo que Lacan dijo al respecto. Lacan me dejó estupefacta. Y esta frase suya: «Ella no debe saber que ha escrito lo que ha escrito. Porque se perdería. Y significaría la catástrofe». Para mí, esa frase se convirtió en una especie de identidad

esencial, de un «derecho a decir» completamente ignorado por las mujeres.

Hallarse en un agujero, en el fondo de un agujero, en una soledad casi total y descubrir que sólo la escritura te salvará. No tener ningún tema para el libro, ninguna idea para el libro es encontrarse, volver a encontrarse, delante de un libro. Una inmensidad vacía. Un libro posible. Delante de nada. Delante de algo así como una escritura viva y desnuda, terrible, terrible de superar. Creo que la persona que escribe no tiene ninguna idea respecto al libro, que tiene las manos vacías, la cabeza vacía, y que, de esa aventura del libro, sólo conoce la escritura seca y desnuda, sin futuro, sin eco, lejana, con sus reglas de oro, elementales: la ortografía, el sentido.

El vicecónsul es un libro que se gritó sin voz por todas partes. Esta expresión no me gusta, pero cuando releo el libro veo eso, veo algo así. Es verdad, el vicecónsul aullaba cada día... pero desde un lugar secreto para mí. Igual que alguien reza, cada día, él, el vicecónsul, aullaba. Es cierto, gritaba fuerte y, en las noches de Lahore, disparaba sobre

los jardines de Shalimar para matar. No importaba a quién, sólo matar. Mataba por matar. Puesto que no importaba a quién, era a la India entera en estado de descomposición. Aullaba en su casa, en la Residencia, y cuando estaba solo en la noche oscura de la Calcuta desierta. Está loco, el vicecónsul está loco de inteligencia. Mata a Lahore todas las noches.

Nunca he vuelto a encontrarlo, sólo en el actor que lo interpretó, mi amigo, el genial Michael Lonsdale: incluso en sus otros papeles, para mí sigue siendo el vicecónsul de Francia en Lahore. Es mi amigo, mi hermano.

El vicecónsul es en quien yo creo. El grito del vicecónsul, «la única política», también se filmó aquí, en Neauphle-le-Château. Aquí él la llamó, aquí, sí. A ella, a A.-M.S. A Anna-Maria Guardi. Ella era Delphine Seyrig. Y todo el personal de la película lloraba. Eran lágrimas libres, sin noción de su sentido, inevitables, las verdaderas lágrimas, las de quienes viven en la miseria.

En la vida llega un momento —y creo que es fatal— del que no se puede escapar y en el que todo se pone en duda: el matrimonio, los amigos,

sobre todo los amigos de la pareja. El hijo, no. El hijo nunca se pone en duda. Y esa duda crece alrededor de una. Esa duda está sola, es la de la soledad. Ha nacido de ella, de la soledad. Ya podemos nombrar la palabra. Creo que mucha gente no podría soportar lo que digo, huirían. De ahí quizá que no toda persona sea escritora. Sí. Eso es, ésa es la diferencia. Ésa es la verdad. No hay otra. La duda es escribir. Por tanto, la duda también es el escritor. Y, con el escritor, todo el mundo escribe. Siempre se ha sabido.

Creo también que sin esa duda primera del gesto hacia la escritura no hay soledad. Nadie ha escrito nunca a dúo. Se ha podido cantar a dúo, también componer música, y jugar al tenis; pero escribir, no. Nunca. Desde el principio escribí libros llamados políticos. El primero fue *Abahn Sabana David*, uno de mis predilectos. Creo que el hecho de que un libro sea más o menos difícil de llevar que la vida cotidiana es un detalle. La dificultad existe, simplemente. Un libro es difícil de llevar hacia el lector, en la dirección de su lectura. Si no hubiera escrito, me habría convertido en una incurable del alcohol. Estar perdido sin poder escribir más es un estado práctico... Entonces es cuan-

do se bebe. Ya que una está perdida y ya no tiene nada que escribir, nada que perder, una escribe. Mientras el libro está ahí y grita que exige ser terminado, una escribe. Una está obligada a mantener el tipo. Es imposible soltar un libro para siempre antes de que esté completamente escrito, es decir, solo y libre de ti, que lo has escrito. Es tan insoportable como un crimen. No creo a la gente que dice: «He roto mi manuscrito, lo he tirado». No lo creo. O bien lo que estaba escrito no existía para los demás, o no era un libro. Y una siempre sabe lo que no es un libro. Lo que nunca será un libro, no, eso no se sabe. Nunca.

Cuando me acostaba, me tapaba la cara. Tenía miedo de mí. No sé cómo, no sé por qué. Y por eso bebía alcohol antes de dormir. Para olvidarme, a mí. Enseguida pasa a la sangre, y luego una duerme. La soledad alcohólica es angustiosa. El corazón, sí. De repente late muy deprisa.

Cuando yo escribía en la casa, todo escribía. La escritura estaba en todas partes. Y cuando veía a los amigos, a veces no acertaba a reconocerlos. Hubo varios años así, difíciles, para mí, sí, diez años quizá, quizá duró diez años. Y cuando ami-

gos incluso muy queridos acudían a visitarme, también era terrible. Los amigos no sabían nada de mí: me apreciaban y acudían por gentileza creyendo que hacían bien. Y lo más extraño era que no me importaba.

Eso vuelve salvaje a la escritura. Se alcanza un salvajismo anterior a la vida. Y siempre lo reconocemos: es el de los bosques, tan antiguo como el tiempo. El del miedo a todo, distinto e inseparable de la vida misma. Una se encarniza. No se puede escribir sin la fuerza del cuerpo. Para abordar la escritura hay que ser más fuerte que uno mismo, hay que ser más fuerte que lo que se escribe. Es algo curioso, sí. No es sólo la escritura, lo escrito, son también los gritos de las bestias de la noche, los de todos, los vuestros y los míos, los de los perros. Es la vulgaridad masificada, desesperante, de la sociedad. El dolor; también es Cristo y Moisés y los faraones y todos los judíos, y todos los niños judíos, y también lo más violento de la felicidad. Siempre, eso creo.